



Semanas después del comienzo de la tragedia chilena, en otro país del mundo vuelven a utilizarse los tanques contra el pueblo.

unas cien personas vituperaba a la tripulación de un tanque, gritando: "¡Vergüenza, vergüenza!". Hacían el tradicional signo de la maldición, con la palma de la mano y los cinco dedos separados. Un joven saltó sobre el tanque y dijo al soldado de casco de acero que estaba en la torreta: "Dispara, si tienes tripas". El soldado le ignoró, pero el tanque se puso en movimiento y el muchacho se arrojó al suelo para obligarle a detenerse. El conductor maniobró para pasar sobre él sin dañarle. El manifestante se alzó ligeramente aturdido, y la multitud prorrumió en vitores.

Las cuatro de la tarde, Papadópulos cometió probablemente el error más grave de toda esta situación: proclamó la ley marcial. La ley marcial había imperado en Grecia desde el golpe de 1967 hasta la proclamación de la República: prácticamente seis años. Al reanudarla, Papadópulos muestra que su régimen no ha conseguido nada, y que lo que mantuvo por la fuerza debe seguir sujeto por la misma fuerza. Algunos observadores de la situación —entre ellos, muchos próximos a Papadópulos mismo— creen que en esta ocasión se ha pasado de defensa: que la situación no era tan grave y que, sin embargo, se ha forzado a contradecirse a sí mismo. La proclama de Papadópulos ahora suena más a hueco que nunca sonó su palabra, tan fácil siempre a la oquedad: los culpables de todo serían «los anarquistas, que han explotado la ingenuidad de algunas personas y el egoísmo de los ex políticos. Los acontecimientos han demostrado la existencia de una conspiración por parte de los enemigos de la democracia y de la normalidad». La identificación de Papadópulos con la democracia y de su fantasmal gobierno con la normalidad aclaran cumplidamente la falsedad de la situación. La acusación a los anarquistas o a los nihilistas —como les llama en otro lugar de su discurso— es naturalmente inoperante. Otras de sus explicaciones dan como culpables a los partidarios de la restauración de la monarquía. La identificación de monárquicos con nihilistas y anarquistas es una incongruencia política más. Pero ya se sabe que la oratoria apoyada en los tanques no ofrece nunca una lógica discutible.

La anomalía introducida por la ley marcial es ahora más grave y más permanente que la provocada por los disturbios. Se han prohibido los actos deportivos, las reuniones; se ha restablecido la censura de prensa, se ha impuesto el toque de queda, se han paralizado los puertos y los aeropuertos. No obstante, el gobierno anuncia que mantiene su programa de elecciones generales (estaban preparadas para finales del año próximo) y de «democratización» del país.

Aunque su propósito fuera más moderado o, por el contrario, aunque fuese más lejano, los estudiantes y los obreros de Atenas han conseguido una gran victoria moral, al obligar al desenmascaramiento de una situación que no correspondía a la realidad. Hay, sin embargo, opiniones contrarias: las de que con su acto han cortado el paso a las sucesivas reformas políticas que proponía el gobierno. Para ellos, estas reformas no tenían valor real. Por otra parte, los acontecimientos de la semana pasada, que quizá no puedan tener continuación en la calle por ahora —el domingo por la noche, el número de detenciones pasaba de dos mil, y el lunes, las cifras oficiales del total de muertos era de nueve y tal vez quinientos heridos, pero en los medios de exiliados griegos se hablaba de doscientos muertos—, tendrán continuación política. Es probable que el gobierno de civiles tenga que ser sustituido, y es también probable que Papadópulos sea desbordado también por sus compañeros de golpe en 1967, algunos de los cuales ya le reprocharon en agosto la amnistía y las supuestas medidas liberales, y ahora le acusan de haber dado lugar con ellas a los sucesos. En realidad, los sucesos han estallado porque las medidas liberales no eran tales.

LA MANIPULACION DE EUROPA

Pompidou atravesó la Mancha el viernes, 16, y se entrevistó con el primer ministro británico durante dos días —ocho horas, en total de reuniones, más las celebradas por los ministros de Asuntos Exteriores de los dos países—; la cuestión oficial era el túnel bajo el Canal —la firma mutua de los tratados para el comienzo de las obras—, pero esto estaba ya previamente resuelto. De lo que han tratado principalmente es de la premura de la institucionalización política de Europa y de la posición común de los dos países. Hace ya meses que los dos están muy concordes en todo: se habla de que nunca estuvo mejor la "entente cordiale" (una amistad que se estableció en 1904, y que ha tenido más bajos que altos), lo cual no deja de preocupar a los otros aliados europeos. El mismo día 14, en Estrasburgo, ante el poco operante Parlamento europeo, el Canciller de Alemania Federal, Willy Brandt, hacía un esfuerzo para conseguir la dirección y la iniciativa política. Lanzó la siempre temida fórmula de un gobierno europeo, al que ciertos derechos de soberanía de los nueve estados de la CEE fuesen transferidos. Habló de que todo debía estar hecho antes de 1980: unión económica y monetaria, gestión financiera única, revalorización del Parlamento europeo de forma que la decisión en los grandes temas le correspondiese —como corresponde, al menos en teoría, a los Parlamentos actuales de cada país participante con respecto a su gobierno—, mediante la puesta en vigor de todo lo previsto para él en el tratado de Roma. Elecciones de alcance europeo, partidos políticos, sindicatos europeos... Nada fácil. Pensemos en la poca concordia que ha habido en Londres en la reunión de jefes de gobierno europeos pertenecientes a la Internacional Socialista, pensemos en que los socialismos nacionales están divididos entre sí, y las democracias cristianas, y todos los demás partidos, y comprendemos lo difícil que es la unidad de los partidos en todo el continente. Sin embargo, es un objetivo inevitable, si no en 1980 como propone Brandt, después, o antes si las circunstancias lo apresuran todo (y ciertos golpes como el del petróleo y la alerta nuclear americana lo han acelerado ahora). Bien, los europeos votarían al mismo tiempo en sus nueve países, y en los que para entonces se les hubiesen unido, y el Parlamento se dosificaría

según esas elecciones; y un gobierno central europeo sería aceptado o no por el Parlamento, que examinaría sus proyectos de ley. Y unos sindicatos europeos sostendrían sus reivindicaciones laborales, y quizá hubiese huelgas en todos los países, lo cual parece razonable y lógico desde que las empresas son multinacionales. Únicamente parece que Pompidou y Heath, en las reuniones de Gran Bretaña, pensaban más en las empresas multinacionales que en las huelgas multinacionales. Y Brandt, también, pero de otra manera, con otra oratoria.

Este miércoles —el 21— el ministro francés de Asuntos Exteriores, Jobert, habla ante la Unión de Europa Occidental. Un organismo militarizante, una de cuyas bases fundacionales —en 1948— era la integración de Europa. Desde hace once años, Francia no ha tomado la palabra en ese organismo. Se piensa que esta vez se trata de instrumentarlo de nuevo, de darle el valor perdido. Tratará de una cuestión muy importante para Francia —iniciada por De Gaulle—, como es la de la unidad defensiva propia. Jobert, en la Asamblea Francesa, explicó que Europa había sido "humillada, despreciada en su inexistencia, víctima de un conflicto sin contar siquiera con ella, viviendo en plena amargura y confusión": este terrible párrafo se lo había inspirado la situación de Oriente árabe y la alerta nuclear. Francia tiene su bomba atómica; Gran Bretaña, la suya —en desuso, que se sepa—; la "entente cordiale" de 1973, ¿podría hacerse sobre la base atómica y sobre la economía del capitalismo multinacional? ¿Sería una Europa a imagen y semejanza de los Estados Unidos? ¿Serviría la UEO para la europeización de otros países que no pasasen por el Mercado Común o por las obligaciones políticas —partidos, sindicatos, elecciones libres— de las de la Comunidad? Son preguntas muy importantes. Hay que esperar no sólo el discurso del ministro francés, sino las reuniones de Copenhague, el 15 y el 16 de diciembre, pero ya se olfatea el riesgo. Por otra parte, la idea Europa=bloque occidental, tampoco es muy estimulante en estos días, donde otro tipo de uniones, de pactos o de coexistencias prometen ir más allá. La "entente cordiale" se pudo hacer en detrimento de otras a principio de siglo. Que no se haga con la misma intención en este último cuarto del siglo. ■ J. A.